

# You want it darker

El renacer que trae septiembre entre el recuerdo del 11S y la quema de secuoyas

RUTH LLANA

Este 2021, el mes de septiembre parece antojarse como una suerte de Año Nuevo en sí mismo, como una enigmática y oscura antesala que precede al futuro y, quizás, también a la luz. Como mes umbral, septiembre da inicio a muchos calendarios y rutinas; desde el ritual escolar al laboral, con él también llega la *ren-trée* literaria mientras cobija en sus días el equinoccio de otoño. Este 2021, el mes de septiembre parece anunciarse como un portal, si acaso, como una oportunidad de entender el momento presente de una forma que renuncie a lo lineal para abrazar una mirada en la que el pasado, el presente y el futuro se cruzan simultáneamente.

Hace justo un siglo, en 1921, el filósofo alemán **Walter Benjamin** compró en Múnich un dibujo de apenas 30 centímetros que se convertiría, no sólo en una de sus más preciadas posesiones, sino también en el centro de su teoría “el ángel de la historia”. La obra, creada por el pintor **Paul Klee** en 1920 y conocida como “Angelus Novus”, provocó en Benjamin una profunda impresión. El filósofo alemán, fascinado con este dibujo, vio en las delgadas líneas esgrafiadas que dan forma a este “nuevo ángel” una anunciación y un aviso de los horrores del fascismo. El ángel parece mirar a un lado, con los brazos extendidos, las palmas hacia arriba, los pies y el cabello flotando, atemporales, sujetos tan sólo por la tensión de las líneas que le proporcionan su forma humana. Según la lectura de Benjamin, la mirada perdida del ángel nos habla de la transtemporalidad de los grandes eventos que dan giros y atraviesan la historia del ser humano, mientras nos invita a mirar al centro de esa vorágine, de eso a lo que llamamos progreso, para conectar el mismo punto en diferentes planos, al mismo tiempo.

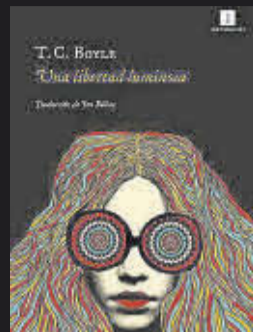
La lectura que Benjamin hizo del “Angelus Novus” tiene algo de profético. El ángel nos avisa porque puede verlo todo, y en su silencio, parece evocar la letra de “You want it darker” de **Leonard Cohen**, en la que, como en una oración, su voz grave susurra a un dios escondido entre tinieblas: “Estoy listo, señor”. Pero, ¿estamos realmente listos? ¿Estamos listos para mirar simultáneamente como mira el ángel y extinguir las llamas?

A través de la mirada del ángel, la estela de cenizas y fuego que dejan tras de sí acontecimientos como el vigésimo aniversario del 11S, o la retirada de tropas de Afganistán, coinciden con otro incendio, uno que, como consecuencia de las acciones humanas, arrasa la naturaleza de California amenazando con destruir uno de los monumentos naturales más importantes de Norteamérica: el Parque Nacional de las Secuoyas. De entre las teorías más interesantes en torno a la etimología de esta palabra está la que la asocia a la figura de Sequoyah, el hombre que creó el silabario de la lengua cheroqui. Sequoyah facilitó una forma de reconocimiento que no existía previamente, pues la lengua cheroqui era ágrafa hasta que él pensó en una forma gráfica de reconocer y representar la realidad en su lengua. Aun si esta teoría no fuera la verdadera, en la remota posibilidad de que pueda serlo existe una realidad indiscutible: podemos escribir el nombre de las secuoyas porque Sequoyah imaginó un modo de escribir su nombre. La verdad inscrita en el relato de Sequoyah puede haber ardidado para siempre en los anales del tiempo y, sin embargo, los gigantes californianos ahora amenazados por las llamas siguen en pie, recitando su nombre, relatando su secreta historia, cómplices milenarios de la nuestra.

En este momento de reconocimiento, la mirada del ángel ofrece una oportunidad única de repensar nuestro tiempo, nuestro espacio, y nuestra interdependencia con todo lo que nos rodea, simultáneamente, como una forma de encararse por fin con la verdad: ¿estamos listos, señor? Este septiembre, Leonard Cohen, como un ángel del tiempo, nos anuncia la respuesta: “You want it darker / we kill the flame”.



Una secuoya gigante. | Efe



**Una verdad luminosa**

T. C. Boyle

Traducción de Jon Bilbao

Impedimenta

424 páginas, 23,95 euros

**L**  
**LIBROS**

## Una deidad cegadora

T. C. Doyle encierra a un grupo de psicólogos a experimentar con las primeras dosis de LSD: la “verdad luminosa” que descubren apunta a Dios

JOSÉ LUIS SALINAS

Imagínese una suerte de gran hermano (el programa de televisión) en el que quienes estuvieran encerrados en la casa fueran psicólogos –más algunos de sus familiares e hijos– adictos al LSD. Deje de imaginar. **T. C. Boyle** lo vio antes y lo plasmó en un libro, de título “Una libertad luminosa”, en el que describe con fina urdimbre el inicio de las drogas de diseño allá por la década de los sesenta. Era el comienzo del hippismo, una época (al menos en Estados Unidos) de libertad y también de libertinaje, en la que todo valía con tal de alcanzar el límite. El moral, el físico, y también el espiritual.

En esa época, la psicología era una ciencia en pañales. Aún no se había dado el salto hacia el cognitivismo y los experimentos científicos estaban todos fiados a una suerte de conductismo radical. Pero no hay que asustarse: no es necesario tener aprobada la asignatura de Historia de la Psicología para disfrutar del relato de Boyle. Estas líneas solo quieren ser un complemento para entender las múltiples referencias a **B. F. Skinner** (padre del conductismo) y a **Konrad Lorenz** que sin ningún disimulo exhibe el autor.

Hago un breve resumen. Skinner es el alma del libro porque los protagonistas son meras ratas (en el sentido animal de la palabra, no en el despectivo) encerradas en un intrincado laberinto repleto de obstáculos (aunque a primera vista no lo parezcan) del que solo los más resistentes podrán salir. La referencia al zoólogo es aún más evidente. Aunque Lorenz descubrió su famosa teoría de la impronta en los patos, nunca dijo que ésta no pudiera, por extensión, aplicarse también a los seres humanos. Y es posible. Claro que lo es.

Así que a tenor de las teorías sobre las que se cimienta parte de la psicología, la historia es mucho más fácil de comprender, y también de construir. Tim –y no desstripo nada desvelando

esto– es el líder supremo al que todos siguen como los patitos seguían a Lorenz. Porque en toda secta (perdón, en todo grupo) hace falta un líder, aunque luego el vestido se cosa con hilos asamblearios o de organización horizontal. Pueden hacerse las analogías oportunas. Y Fritz, el otro protagonista, es un pobre hombre lleno de dudas existenciales, padre de un hijo y casado con Joanie (que se pone al mando de la narración durante varios capítulos), que entra de forma tímida en el mundo de las drogas de diseño. Es fácil imaginarse cómo sigue la historia, aunque la previsibilidad de la narración no le quita interés. Todo lo contrario, juega a su favor.

Aunque hay giros de guion de lo más llamativo. Como los del día de la muerte de **John F. Kennedy**, las disputas con otros hippies o aquellas en las que el grupo, como nómadas, se ve obligado a cambiar de residencia por la presión de la policía, pese a que en aquella época el LSD era legal. O, al menos, eso dice Boyle.

Lo más curioso de “Una libertad luminosa” son las referencias a Dios. Nada veladas. Cristalinas. Y que, si uno no está atento, pueden pasar desapercibidas, pese a que, desde la sombra, son el hilo conductor de todo lo que ocurre y de muchos de los comportamientos de los personajes.

Esas referencias son tan curiosas o más que la antítesis que recoge el propio título. Porque ya saben lo que pasa cuando se consume LSD y se mira directamente al sol (otra referencia a la religión que va apareciendo de vez en cuando escondida en un capítulo por aquí y otro por allá): lo luminoso molesta. Y tampoco hace falta explicar que lo último que traen consigo las drogas son la libertad.

Ya pueden imaginarse lo que ocurre cuando un grupo de personas comienza a tomar drogas de forma habitual, por muy psicólogos que sean y por relevante que sea el experimento. O la tesis a establecer.